

»en torno á perecer, ninguno vuelva
»la espalda al enemigo.» Así decían
los unos á los otros, y estas voces
los ánimos de todos inflamaron;
y el combate seguía y hasta el cielo,
atravesando el éter espacioso,
el estruendo subía de las armas.

Los caballos de Aquiles, que distantes
estaban de la lid desde que vieron
que á manos de Héctor periculado había
su conductor, lloraban afligidos.
Y por más que á marchar los aguijaba,
con el látigo hiriéndolos ligero,
Automedonte, el hijo valeroso
de Dióres, y en palabras cariñosas
les hablaba unas veces, y con dura
reprehension otras veces castigaba
su inobediencia; ni marchar querían
hacia atrás á las naves y la costa
del rápido Helesponto, ni á la hueste
de los Griegos que estaban peleando.
Cuál firme está é inmóvil la columna
que el túmulo corona de un guerrero,
ó de alguna matrona; así parados
é inmóviles estaban los bridones
con el brillante carro. Y á la tierra
la cabeza inclinada, de sus ojos
lágrimas derramaban ardorosas
que hasta el suelo corrian; y las crines
con el polvo manchadas y en desorden
sobre el yugo esparcidas, por la muerte
tristes lloraban ellos del que fuera
otro tiempo su auriga. Al verlos Jove
así llorar, se conmovió; y moviendo
la cabeza inmortal, estas palabras,
consigo hablando, silencioso dijo:

«¡Infelices! ¿Por qué, estando vosotros
»libres de la vejez y de la muerte,
»os dimos á un mortal, el rey Peleo?
»Para que entre los míseros humanos
»miserables también vosotros fuerais;
»pues de los animales que se crían
»sobre la tierra y viven, es el hombre
»el más desventurado. Mas vosotros
»no ya del carro tirareis de Aquiles,
»Héctor en él subido. No le basta
»tales armas tener, y jactancioso
»de su triunfo gozar? En vuestras almas
»y en las rodillas, ligereza y brío
»yo infundiré, para que vivo y sano

»á Automedonte á las Aquivas naves
»lleveis; que á los Troyanos todavía
»quiero dar la victoria, hasta que lleguen
»matando Griegos á las mismas naves,
»y el sol se oculte, y la tiniebla oscura
»sobre la tierra caiga.» Así decía,
y á los caballos poderoso brío
inspiró; y de las crines sacudiendo
á tierra el blanco polvo, fácilmente
la voluble carroza conducían
por entre los Aquivos y Troyanos.
Y en rápida carrera Automedonte,
aunque por la memoria del amigo
lleno de pena el corazón tenía,
contra los enemigos los guiaba,
y acometía fiero como suelen
acometer los buitres á los gansos.
Y unas veces cuidadoso de la liza,
y el bélico tumulto y la matanza
se retiraba huyendo, y otras veces
las escuadras rompía, y el alcance
seguía al enemigo; pero nunca
mataba los guerreros que á su paso
encontraba tal vez. Ni era posible
que estando solo, y la dorada silla
ocupando, la pica manejase
y al mismo tiempo firme sujetara
los inquietos caballos. Con sus ojos
vió al fin su esforzado compañero
Alcimedonte, el hijo de Laérces;
y á la espalda parándose del carro,
á Automedonte dijo: «¿Y cuál ahora
»entre todos los Dioses del Olimpo
»ese inútil consejo te ha inspirado
»dentro del corazón, y la prudencia
»hoy te ha quitado que hasta aquí tenías?
»¿Cómo, viéndote solo, así pretendes
»en lo más recio de la gran pelea
»con los Teucros lidiar? Cayó sin vida
»tu compañero; y las brillantes armas
»de Aquiles tiene ya sobre sus hombros
»Héctor, y en ellas se gloria ufano.»

Y el hijo de Dióres, al oírle
alegrándose, dijo: «¡Alcimedonte!
»¿Y quién, mejor que tú, de entre los Griegos
»fuera capaz de sujetar brioso
»ahora los caballos inmortales,
»y su ardor reprimir? Solo podría
»contigo compararse cuando vivo
»áun estaba Patrolo, que á los Dioses

»igualaba en valor; mas ya á la muerte
»la Parca le entregó. Sube en el carro,
»toma el azote y las hermosas bridas,
»y yo saltaré al suelo y con mi lanza
»á pie combatiré.» De esta manera
Automedonte dijo; y en el carro
subiendo Alcimedonte, diligente
tomó en la mano el látigo y las bridas,
y Automedonte de él saltó en la arena.
Héctor lo vió, y alborozado dijo
á Enéas que no lejos peleaba:

«¡Enéas! me parece que al combate,
»conducidos por débiles aurigas,
»los caballos del hijo de Peleo
»vuelven ahora; y esperanza mucha
»de tomarlos tendría, si al combate
»quisieras tú seguirme; que hacer frente
»no osarán los dos Griegos si animosos
»á su encuentro salimos, ni sus armas
»con nosotros medir en la pelea.»

Cedió el hijo de Anquises á su ruego;
y cubiertos los hombres con escudos
de pieles de novillo fabricados
secas y endurecidas y con planchas
dobladas de metal sobrecubiertos,
en derechura caminaban ambos.
Y Cromio y el igual en hermosura
á los Dioses Areto los seguían;
y en su valor fiados esperaban
matar á los dos Griegos y tomarles
los hermosos caballos que las crines
seltas al viento, y la cerviz erguida,
por el campo volaban anhelosos.
¡Necios! que no, sin sangre, de las manos
debían escapar de Automedonte.
Viólos éste venir; y ardientes votos
haciendo al padre Jove, de ardimiento
y valor conoció que se llenaba
su corazón, y al compañero dijo:

«¡Alcimedonte! los caballos nunca
»tengas lejos de mí, y haz de manera
»que el resoplido de ellos á mi espalda
»siempre perciba yo. De perseguirnos
»Héctor no ha de cesar hasta que, muertos
»nosotros dos, en el brillante carro
»suba de Aquiles, y su mano rija
»los hermosos caballos, y en desorden
»y en fuga las escuadras de los Griegos
»ponga después, ó por nosotros sea
»uno de los primeros cautivado.»

Así con él habló: y en altas voces
llamó á los dos Ayaces y al Atrida
Menelao, y les dijo: «La defensa
»del cadáver vosotros á los jefes
»confiad más ardidos, y decidles
»que en torno colocados á ninguno
»acercarse permitan, y rechacen
»al que á venir se atreva: y á nosotros
»que áun vivimos, libradnos de la muerte.
»Porque á esta parte, rápidos corriendo
»por entre todas las escuadras, llegan
»Enéas y Héctor, de los Teucros todos
»los dos más aguerridos. De los Dioses
»en las manos está la suerte mía;
»mas yo mi lanza vibraré, y se cumpla
»la voluntad del soberano Jove.»

Dijo; y blandiendo la robusta lanza
la disparó, y en el escudo plano
de Areto vino á dar. Y hasta la cuera,
que resistir no pudo, por el medio
del ceñidor cortó la aguda pica,
y el vientre le pasó de parte á parte.
Como al novillo la robusta mano
del sacrificador, ante las aras,
con aguda segur divide el cuello
por detrás de las astas, y cortado
el nervio, salta el animal y cae;
así de espalda el campeón troyano,
dando un salto hacia atrás, cayó: y el duro
hierro, que en las entrañas todavía
oscilaba, á sus miembros el aliento
quitó vital. Su reluciente lanza
Héctor después al bravo Automedonte
tiró; pero el Aqueo por el aire
la vió venir, y hacia adelante un poco
echándose y bajando la cabeza,
evitó el golpe del agudo hierro.
Y á su espalda clavándose la punta,
el astil retemblaba todavía,
hasta que al fin perdió la fuerza toda.
Y de cerca los dos, poniendo mano
á las espadas, combatido hubieran,
si los Ayaces, que escuchado habían
las voces del amigo y por la hueste
atravesando con ligera planta
en su ayuda venían, el combate
no les hicieran suspender. Al verlos
Héctor, Enéas, y el gallardo Cromio
retrocedieron tímidos; y al triste
Areto allí dejaron en la arena,

donde, partido el corazón yacía.
Y Automedonte, al furibundo Marte
en el valor igual, de la armadura
le despojó; y glorioso con el triunfo,
así decía en arrogantes voces:

«Ya el inmenso dolor que me oprimiera
»el corazón, al hijo de Menetio
»viendo morir, se me alivió no poco,
»aunque con él no sea comparable
»el Teucro que á sus manes he inmolado.»

Así dijo: y de Areto la armadura,
en sangre tinta, sobre el carro puso;
y él subió, de los pies á la cabeza
también cubierto de la roja sangre
como el león que al toro ha devorado.

Y de nuevo terrible, lagrimosa,
horrída lid en torno del cadáver
se trabó de Patroclo: que Minerva
desde el cielo bajando (porque Jove,
ya mudada la mente, la enviara
á animar á los Griegos), la pelea
renovó. Como Júpiter el iris
de purpúreo color á los humanos
muestra en el ancho cielo, y les anuncia
la guerra, ó las terribles tempestades
que en largos aguaceros las tareas
del labrador suspenden y de espanto
á los ganados llenan; así ahora,
cercándose de nubes encendidas,
Minerva por los densos escuadrones
entró de los Aquivos, y animaba
á todos con su voz. Primeramente
habló con el ardido Menelao,
que cerca estaba, el aire y la figura
tomado habiendo del anciano Fénix;
y su voz imitando resonante,
así dijo en palabras voladoras:

«La ignominia y vergüenza, oh Menelao,
»tuyas serán, si los voraces perros
»bajo los muros de Ilión arrastran
»el cadáver del héroe que de Aquiles
»fué el escudero fiel cuando vivía.
»Pelea, pues, valiente, y de los Griegos
»tu voz anime á las escuadras todas.»

Y así afligido respondió el Atrida:

»¡Ojalá, Fénix, venerable anciano,
»que Minerva en mi pecho más pujanza
»hoy infundiese, y que de mí alejase
»las picas y las flechas! Animoso
»yo pronto estoy á colocarme al lado

»de Patroclo y valiente á defenderle,
»porque su muerte pasador agudo
»para mi triste corazón ha sido;
»mas Héctor de la llama abrasadora
»la fuerza tiene irresistible, y Jove
»inmensa gloria concederle quiere.»

Alegróse Minerva al escucharle,
viendo que entre los Dioses la primera
él la había invocado. Y á sus hombros,
y á sus rodillas, ligereza y brio
comunicó; y la audacia de la mosca
en pecho infundió, que ya cebada
en el humano cútis muerde y sigue
mordiéndole aunque mil veces la rechacen;
que el más dulce manjar para la mosca
es la sangre del hombre. Esta importuna
tenacidad y audacia á Menelao
fué la que entonces infundió Minerva.
Marchó, pues, al cadáver de Patroclo,
y disparó su reluciente lanza.

Hubo entre los Troyenos un guerrero
Pódes llamado y de Etion nacido,
rico y valiente, y á quien Héctor mucho
preciaba y distinguía, que su amigo
era, y su compañero en los convites:
y este fué á quien entonces Menelao
con su lanza pasó cuando á la fuga
él se entregaba. Recibió la herida
por debajo del cinto, al otro lado
pasó el agudo hierro y en la arena
el mísero cayó, y hácia los Griegos
arrastró su cadáver Menelao.
Al verlo Febo el rostro y la figura,
de Fénope tomó, de Asio nacido,
que en Abido habitaba y era de Héctor
más que sus otros huéspedes amado.
Y acercándose al héroe, le animaba
á recobrar de Pódes el cadáver.

«¡Héctor! (le dijo) ¿quién de los Aqueos
»en adelante temblará á tu vista
»si ya terror te inspira Menelao,
»que hasta aquí por guerrero fué tenido
»débil y flaco; y valeroso ahora
»en la primer escuadra combatiendo,
»quitó la vida á tu mejor amigo,
»á Pódes de Etion, y su cadáver
»él solo de las filas de los Teucros
»sacó despues, y á su escuadrón le lleva?»

Esto decía el Flechador Apolo,
y negra nube de dolor la mente

de Héctor oscureció. Marchó afligido
todo cubierto de brillantes armas,
y atravesó por las primeras filas.
Al verlo Jove, en la potente diestra
la égida formidable esplendorosa
tomó, y del Ida las excelsas cumbres
cubrió de nubes. Y enviando luego
repetidos relámpagos ardientes,
y en trueno horrible la montaña toda
estremeciendo, la égida en su mano
sacudió y á los Teucros vencedores
hizo otra vez, y los Aquivos todos
en desorden y fuga se pusieron.

El primero que huyó fué Penelao,
jefe de los Beocios; porque herido
por una lanza se sintió en el hombro
aunque ligeramente, cuando vuelta
áun tenía la cara al enemigo.
Y fué Polidamante el que la pica
de cerca le tiró; pero la carne
le rasguñó del hombro sin que al hueso
ofendiese la punta. En una mano
Héctor, también de cerca, con su lanza
á Leito hirió despues, el valeroso
hijo de Alección, y del combate
hizo que se alejara: y precavido
mirando el héroe en derredor, huía;
porque ya no pudiendo con la mano
blandir la lengua pica, no esperaba
poder con los troyanos campeones
pelear. El cretense Idomeneo,
al ver que á Leito en presurosos pasos
Héctor seguía, le tiró su lanza,
y en medio del velludo y ancho pecho
el golpe dió de la robusta pica.
Pero donde al astil la abrazadera
la punta sujetaba, el duro fresno
se rompió, y en alegre vocería
gritaban los Troyanos; y su lanza
Héctor, que estaba á pié, tiró al Cretense
que combatía desde su alto carro.
Y aunque cerca pasó no logró herirle;
más á Cerano (auriga y escudero
de Meriones, que con él viniera
desde la hermosa Licto) en la quijada
bajo la oreja hirió, y al otro lado
pasó la punta; y al pasar, los dientes
hizo saltar y le cortó la lengua.
Cayó del carro el adalid; y al polvo
dejó caer las riendas, que ligero,

inclinándose todo, Meriones
alzó. Cuando salieran de las naves
los Aquivos siguiendo á los Troyanos,
vino á pié Idomeneo: y alto triunfo
de él hubiera alcanzado el enemigo,
si Cerano las yeguas corredoras
no le hubiera traído. Así aquel día
el infeliz Cerano á Idomeneo
fué aurora de salud, y de la muerte
le libertó; pero la vida él mismo,
de Héctor atravesado por la pica,
perdió. Despues al Rey Idomeneo
dijo en breves palabras Meriones:

«Con el látigo aguja tus caballos,
»hasta llegar adonde están las naves:
»ya conoces tú mismo que este día
»no serán los Aqueos vencedores.»

Dijo, y el Rey á sus caballos pronto
á que en veloz carrera hasta las naos
marcharan aguijó con el azote,
porque en temor cayera. Ni al valiente
Ajax y á Menelao se ocultaba
que Júpiter quería la victoria
á los Troyanos dar; y así el primero
Ajax dijo al valiente Menelao:

«¡Amigo! Ya no hay duda, hasta los necios
»conocerán que á los Troyanos Jove
»dar quiere la victoria. Cuantas picas
»arrojan todos ellos, ya cobardes
»ya valerosos sean, en alguno
»de nosotros se clavan, porque Jove
»las encamina todas: las que salen
»de nuestras manos en la tierra siempre
»van á clavarse. Meditemos ambos
»de qué modo podremos de Patroclo
»el cadáver sacar de la pelea
»y á las naves volver, y de alegría
»colmar á los amigos; que clavados
»aquí los ojos, en tristeza y duelo
»yacen tal vez y ni á esperar se atreven
»que al brazo resistamos poderoso
»de Héctor, y temen que en cobarde fuga
»nos retiremos todos á las naves.
»Y ojalá hubiese cerca algun amigo
»de Aquiles, que el aviso le llevara;
»pues yo presumo que la triste nueva
»no llegó á sus oídos, de que ha muerto
»el escudero fiel á quien amaba
»él con tanta ternura. Mas no es fácil
»divisar entre todos los Aqueos

»uno que lleve la fatal noticia;
 »porque de oscura niebla rodeados
 »los bridones están y los guerreros.
 »Libra ya, padre Jove, á los Aquivos
 »de niebla tan oscura, haz que veamos;
 »serena el cielo, y á la luz del día
 »destrúyenos á todos si te place.»

Así dijo: y el padre de los Dioses,
 viendo que tiernas lágrimas vertía,
 de él hubo compasión; y en voz potente
 la oscura niebla disipó. De nuevo
 brilló la luz del sol, y el campo todo
 »de batalla se vió; y entónces Ajax
 volvió á decir al fuerte Menelao:

«Tiende la vista en derredor, amigo,
 »y mira cuidadoso por si puedes
 »á Antíloco, si aún vive, el esforzado
 »hijo de Néstor, descubrir; y dile
 »que á la tienda de Aquíles vaya pronto,
 »y le anuncie que el caro y dulce amigo
 »ha sido muerto.» Obedeció el Atrida
 de Telamon al hijo, y presuroso
 marchó á buscar á Antíloco de Néstor.
 Así como los perros y pastores
 ahuyentan del establo de los bueyes
 al tostado leon y no le dejan,
 toda la noche vigilando atentos,
 gustar la dulce carne, y él furioso
 una y más veces acomete en vano;
 que espesísima nube de saetas
 robustas manos sin cesar derraman
 y gran copia de teas encendidas
 que él mucho teme; y aunque esté acosado
 del hambre, en fin al clarear la aurora
 se retira á las selvas macilento;
 así, mal grado suyo, Menelao
 abandonó el cadáver de Patroclo;
 porque mucho temía que los Griegos,
 de espanto y de temor sobrecogidos,
 en poder de los Teucros le dejaran:
 y á Meríones y á los dos Ayaces
 su defensa encargó, y así les dijo:

«Acordaos, amigos, del amable
 »y mísero Patroclo, que sabía
 »miéntras vivió, de mansedumbre lleno,
 »hacerse á todos grato; pero yace
 »frio cadáver ya, porque la Parca
 »ha cortado el estambre de su vida.»

Así dijo y marchó, y en todas partes
 á Antíloco buscaba con los ojos.

Como el águila suele (de quien dicen
 que entre todas las aves que del cielo
 vuelan bajo la bóveda la vista
 tiene más perspicaz) desde las altas
 regiones de las nubes á la liebre
 divisar que escondida de un arbusto
 entre el ramaje está, y en raudo vuelo
 sobre ella cae, y la sorprende y mata;
 así entónces, oh fuerte Menelao,
 á todas partes los brillantes ojos
 volvías tú por ver si entre la turba
 numerosa de Griegos divisabas
 vivo al hijo de Néstor, y no mucho
 tardaste en descubrirle. Estaba el héroe
 á la izquierda de toda la batalla
 animando á su gente, y Menelao
 así le dijo en doloridas voces:

«Ven, Antíloco, ven para que escuches
 »triste noticia de fatal desgracia
 »que permitir los Dioses no debieran.
 »Ya tú mismo conoces, dulce amigo,
 »que gran calamidad á los Aqueos
 »algún Dios ha enviado, y vencedores
 »á los Troyanos hace. Entiende ahora
 »que el más fuerte de todos los guerreros,
 »Patroclo, ha perecido, y con su muerte
 »afligidos están y consternados
 »los Griegos. Corre, pues, á nuestras naves,
 »y á Aquíles dí que sin tardanza vea
 »cómo salvar el cuerpo del amigo;
 »ya que sus armas no, porque las tiene
 »Héctor en su poder.» Así decía;
 y Antíloco, al oírle, en dolorosa
 admiración cayó. Por largo tiempo
 estuvo sin hablar y ambos sus ojos
 se llenaron de lágrimas, ni pudo
 en clara voz articular palabra;
 mas por eso dilató un instante
 el precepto cumplir de Menelao.
 Y entregando las armas al valiente
 Laódoco, su escudero, que subido
 en el brillante carro con las bridas
 los fogosos bridones sujetaba,
 salió de allí: y en rápida carrera,
 lágrimas él vertiendo, le llevaron
 á dar á Aquíles la fatal noticia
 sus piés desde la lid. Y no quisiste
 entonces, tú, valiente Menelao,
 ayudar á los Griegos que el combate
 afanosos seguían en el sitio

que abandonara Antíloco, aunque mucho
 los Pilios con su ausencia se afligieron;
 pero no ya olvidaste á Trasimédes
 encargar que atendiese á su defensa,
 y en pasos presurosos tú volviste
 á defender el cuerpo de Patroclo.
 Llegado el héroe, á los Ayaces dijo:

«A Antíloco á las naves he enviado,
 »para que lleve la fatal noticia
 »al valeroso Aquíles; pero ahora,
 »aunque de Héctor vengarse ya quisiera,
 »temo que no vendrá; porque sin armas
 »¿cómo ha de pelear con los Troyanos?
 »Así, presto nosotros el arbitrio
 »que parezca mejor buscar debemos
 »para llevar á Aquíles el cadáver,
 »y librar las escuadras con la fuga
 »del ímpetu y furor de los Troyanos,
 »y la muerte evitar.» A estas palabras
 Ajax de Telamon respondió: «En todo
 »hablaste cuerdo, ilustre Menelao.
 »Tú, pues, y Meríones el cadáver
 »en los hombros tomad, y de la liza
 »sacadle prontamente; que nosotros,
 »los dos Ayaces, á la espalda puestos
 »y de marcial espíritu animados,
 »como hasta aquí el combate sostuvimos
 »uno al lado del otro, con los Teucros
 »y con Héctor iremos peleando.»

Ajax así decía, y á Patroclo
 alzaron de la arena Meríones
 y el Atrida, y en hombros le pusieron.
 Cuando así los Troyanos el cadáver
 vieron de tierra alzar, en alarido
 gritaron espantoso, y en columna
 cerrada acometieron. Como alegres,
 cuando al herido jabalí persiguen,
 al cazador los perros se adelantan,
 y ufanos corren y en menudos trozos
 despedazarle esperan; y cobardes
 si el animal en su valor fiado
 vuelve la cara, retroceden ellos,
 y uno por una parte otro por otra
 huyen y desaparecen; así entónces
 por algunos instantes los Troyanos
 en tropel á los Griegos perseguían,
 con espadas y picas de dos cortes
 hiriendo sus rodela. Mas si vueltos
 hácia ellos los Ayaces se paraban,
 perdían el color, y acobardados

de perseguir cesaban el cadáver.

Así ya valerosos los Aquivos
 el muerto hácia las naves conducían;
 pero en lucha terrible y sanguinosa
 sin cesar peleaban. Como el fuego
 de repente encendido, si le aviva
 impetuoso viento, de los hombres
 una ciudad abrasa y desaparecen
 los edificios por la ardiente llama
 devorados; así de los peones
 y jinetes troyanos en confuso
 tropel seguía numerosa turba
 sin cesar á los Griegos que el cadáver
 de Patroclo llevaban á las naos.
 Como dos mulos vigorosos suelen
 por fragoso camino desde el monte
 arrastrar una viga, ó un gran tronco
 á mástil de navío destinado,
 y se cansan, y sudan, y anhelantes
 aceleran el paso; así el Atrida
 y el Cretense el cadáver del amigo
 llevaban en los hombros, y á su espalda
 puestos los dos Ayaces contenían
 el ímpetu y furor de los Troyanos.
 Como el robusto valladar, que hiciera
 el Labrador con árboles, detiene
 el ímpetu del agua; y de los rios
 rápidos la corriente asoladora
 en su curso sujeta y la dirige
 al llano que sus aguas en provecho
 fertilizan comun, y con su fuerza
 no le pueden romper las avenidas;
 así los dos Ayaces por la espalda
 contenían la hueste de los Teucros;
 pero ellos siempre en obstinada lucha
 seguían peleando; y entre todos,
 los que más furibundos batallaban
 eran Héctor y Enéas. Como suelen
 las bandadas huir de los vencejos,
 ó cuchilladores grajos cuando han visto
 venir al gavilan que extrago horrible
 hace en los pajarillos; así entonces
 los hijos de los Griegos, cuando vían
 á Héctor venir y á Enéas, escapaban
 dando agudos chillidos y el combate
 tímidos olvidaban. Y no pocas
 armas de los Aquivos que á la fuga
 cobardes se entregaron, en el foso
 cayeron y á la orilla, y la batalla
 no por eso cesaba clamorosa.